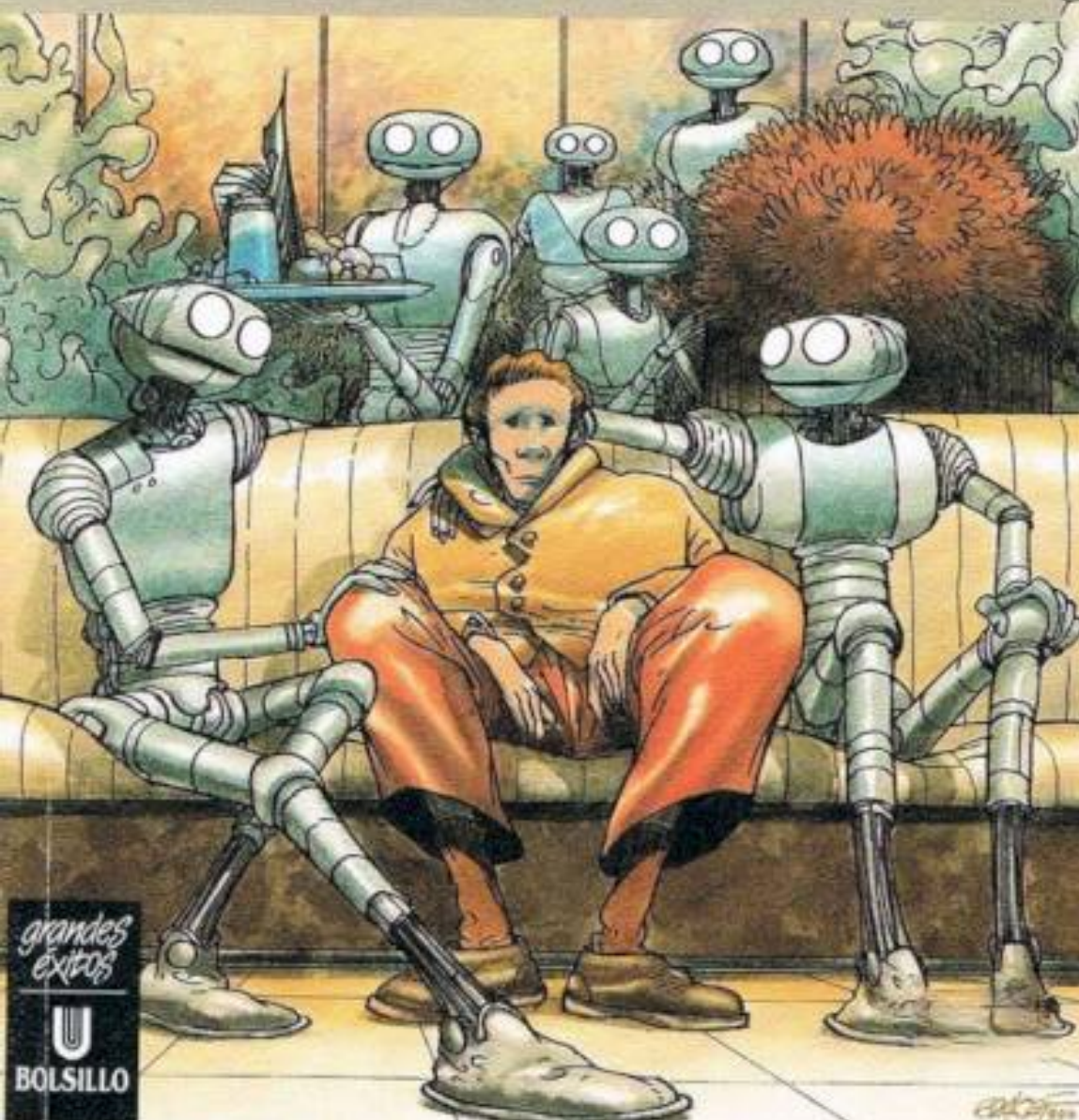


CIENCIA FICCIÓN

Jack Williamson

LOS HUMANOIDES

La edición definitiva del gran clásico de la ciencia ficción, con el relato original, la novela, una nueva introducción y un epílogo del autor



grandes
éxitos

U

BOLSILLO

Llegaron de un remoto planeta mucho más allá de la Tierra robots benévolos con el único propósito de servir al hombre en todo momento, acabar con las guerras y las enfermedades tanto físicas como espirituales, conseguir liberar al ser humano de cualquier daño. Pero su actuación convirtió a los hombres en meros espectadores pasivos de un «mundo feliz» en cuyo desarrollo ya no podían tomar parte.

Así, un grupo de anarquistas psíquicos decidió terminar para siempre con esos invencibles benefactores. Y Clay Forester tuvo que enfrentarse al más terrible dilema de su vida: luchar por el derecho de la humanidad a esforzarse y sufrir por su destino, o rendirse al implacable imperativo de los humanoides sin hacer absolutamente nada.

Jack Williamson, consiguió con *Los humanoides* su obra maestra, que ahora ha reeditado en todo el mundo junto con el relato original que le dio origen, un prólogo y un epílogo.

Los humanoides sigue siendo materia de estudio para los estudiantes graduados en el departamento de Inteligencia Artificial del MIT, como un ejemplo de hasta dónde puede llegar la ciencia de los ordenadores.

*A JOHN W. CAMPBELL, JR.
que me señaló algunas de las consecuencias
de estar cruzado de brazos.*

INTRODUCCIÓN

Yo estaba en una estación meteorológica en las islas Solomón aquel día de 1945, elaborando un informe para una patrulla aérea de los marines, cuando otro aficionado a la ciencia ficción trajo la noticia de lo sucedido en Hiroshima. El átomo desencadenado arrojó una sombra larga y oscura sobre toda la ciencia ficción.

La creación de los humanoides fue parte de mi propia reacción de incomodidad. Cuando regresé a mi despacho en 1946, comencé a escribir «De brazos cruzados», pero me detuve desalentado cuando advertí la verdad sobre aquellos pequeños robots: siendo máquinas perfectas, no sólo se construían a sí mismas, se mantenían y servían gratis a los hombres, sino que también los mantenían apartados de las interacciones humanas.

Obligado a aceptar aquel hecho, acabé la historia para John Campbell, el gran editor de *Astounding/Analog*. Me pidió una secuela en la que los hombres cruzados de brazos pudieran usar poderes paranormales para derrotar a los humanoides. Aunque yo los conocía demasiado bien para esperar una cosa así, me compró la secuela, que se convirtió en *Los Humanoides*.

Muchos lectores, a lo largo de los años, me han pedido otra secuela más. Después de largas consideraciones, recientemente he terminado *Ten Trillion Wise Machines*. Aunque los humanoides aún existen, intenté encontrar una alternativa más soportable.

Obviamente, este libro trata sobre personas y tecnología. Mi opinión personal no es tan sombría como podría

parecer. Aunque Hiroshima me inquietó, ahora soy decididamente pro-nuclear. Por aterrador que pueda ser el genio tecnológico, no hay forma de volver a meterlo en la botella. Creo que debemos intentar sacar partido de la mayoría de sus regalos, incluso de los reactores reproductores y de fusión.

En otro sentido, como se sugiere en el epílogo, el libro no trata realmente de tecnología después de todo, sino de nosotros mismos y de nuestra sociedad..., si es que una novela puede tratar «de» algo aparte de sí misma.

Oscuro o brillante, *Los Humanoides* ha sido mi libro más controvertido y reputado, con casi una docena de ediciones en inglés y casi el mismo número de traducciones. Estoy encantado con esta nueva edición completa, que incluye tanto la novela corta original como el reciente epílogo.

DE BRAZOS CRUZADOS

La tarde que vio por primera vez a los nuevos robots, Underhill regresaba a casa caminando, porque su esposa se había llevado el coche. Sus pies seguían el habitual rumbo en diagonal a lo largo de un solar vacío (su esposa siempre se llevaba el coche), y su preocupada mente rechazaba varias formas imposibles de cubrir sus facturas en el banco de Dos Ríos. Entonces, una nueva pared le detuvo.

La pared no era de ladrillo o piedra común, sino algo liso, resplandeciente y extraño. Underhill contempló el nuevo edificio. Se sintió vagamente molesto y sorprendido ante aquel brillante obstáculo..., desde luego, no estaba allí la semana pasada.

Entonces vio la cosa en el escaparate.

El escaparate en sí no era de cristal ordinario. El amplio panel era completamente transparente, sin una sola mota de polvo, y sólo las letras brillantes que tenía insertas demostraban que estaba allí. Las letras componían un cartel severo y modernista:

Agencia Dos Ríos
INSTITUTO HUMANOIDE
Los robots perfectos
«Servir y Obedecer
y Proteger a los Hombres del Peligro»

Su malestar aumentó, porque Underhill se dedicaba también al negocio de los robots. Los tiempos ya eran suficientemente duros, y los robots inundaban el mercado. An-

droides, mecanoides, electronoides, automatoides y robots corrientes. Desgraciadamente, pocos de ellos hacían todo lo que los vendedores prometían, y el mercado de Dos Ríos estaba ya más que saturado.

Underhill vendía androides..., cuando podía. Su siguiente remesa llegaría mañana, y aún no sabía cómo iba a pagar la factura.

Con el ceño fruncido, se detuvo a contemplar la cosa tras el escaparate invisible. Nunca había visto a un humanoide. Como cualquier ser mecánico cuando no estaba en funcionamiento, permanecía absolutamente inmóvil. Era más pequeño y más estilizado que un hombre. De un color negro brillante, su bruñida piel de silicio tenía un cambiante tono de bronce y azul metálico. Su graciosa cara ovalada tenía una expresión fija de alerta y de levemente sorprendida solicitud. En conjunto, era el robot más hermoso que había visto en su vida.

Naturalmente, era demasiado pequeño para ser verdaderamente eficaz. Underhill murmuró para sí una cita tranquilizante de *El Vendedor de Androides*: «Los androides son grandes... porque los fabricantes rehúsan sacrificar la energía, las funciones esenciales o la confianza en ellos. ¡Los androides son su mayor compra!».

La puerta transparente se abrió cuando se acercó a ella, y Underhill entró en la sala de recepción, opulenta y altiva, para convencerse de que estos productos estilizados no eran más que otro intento de atraer a la clientela femenina.

Inspeccionó a regañadientes el brillante muestrario, y su optimismo se desvaneció. Nunca había oído hablar del Instituto Humanoide, pero la firma invasora tenía obviamente dinero a espuestas, y grandes contactos en el mercado.

Buscó al vendedor, pero quien se acercó silenciosamente a saludarle fue otro robot, un gemelo del que estaba en el escaparate, que se movía con rápida y sorprendente gracia. Reflejos bronceados y azules destellaban sobre su lus-

trosa negrura, y una placa de identidad amarilla resplandecía en su pecho desnudo:

HUMANOIDE
Serie 81-H-B-27
El robot perfecto.
«Servir y Obedecer
y Proteger a los Hombres del Peligro»

Curiosamente, no tenía lentes. Los ojos en su cabeza calva y ovalada eran de color acero y miraban fijamente. Pero el robot se detuvo a unos pocos pasos de él, como si de todas formas pudiera verle, y le habló con voz aguda y melódica:

—A su servicio, señor Underhill.

El empleo de su nombre le sorprendió, pues ni siquiera los androides podrían distinguir a un hombre de otro. Pero, naturalmente, se trataba de un truco de mercado, algo no demasiado difícil en una ciudad del tamaño de Dos Ríos. El vendedor sería alguien de la localidad que dirigía al robot desde algún sitio. Underhill se recuperó de su momentáneo asombro y dijo en voz alta:

—¿Puedo ver al vendedor, por favor?

—No empleamos vendedores humanos, señor —replicó al instante la suave voz plateada—. El Instituto Humanoide existe para servir a la humanidad, y no requerimos servicio humano. Nosotros mismos podemos suministrar toda la información que desee, señor, y aceptar su pedido para un servicio humanoide inmediato.

Underhill le miró, perplejo. Ningún robot era lo bastante competente para recargar sus propias baterías y reajustar sus relés, y mucho menos para encargarse de su propia puesta en el mercado. Los ojos ciegos le observaban fijamente, y Underhill miró a su alrededor en busca de alguna cabina o cortina que pudiera ocultar al vendedor.

Mientras tanto, la suave vocecita prosiguió persuasivamente:

—¿Podemos ir a su casa para hacerle una demostración gratis, señor? Estamos ansiosos por introducir nuestro servicio en su planeta, pues ya hemos tenido éxito eliminando la infelicidad en muchos otros. Descubrirá que somos muy superiores a los viejos mecanismos electrónicos que usan aquí.

Underhill retrocedió, incómodo. Abandonó reluctantemente su búsqueda del vendedor oculto, aturdido por la idea de que los robots pudieran autopromocionarse. Aquello revolucionaría toda la industria.

—Al menos llévese algunos folletos, señor.

Moviéndose con cierta atractiva destreza, el pequeño robot negro le entregó un folleto ilustrado. Para ocultar su confusión y su creciente alarma, Underhill hojeó las lustrosas páginas.

En una serie de fotos a todo color, una rubia pechugona aparecía trabajando afanosamente en la cocina, y luego relajada en una osada negligé mientras un pequeño robot negro se arrodillaba a su lado para servirle algo. Martilleaba cansinamente una máquina de escribir, y luego aparecía tendida en una playa, con un seductor traje de baño, mientras otro robot se encargaba de escribir. Trabajaba a duras penas en una enorme máquina industrial, y luego bailaba en los brazos de un joven rubio, mientras un humanoide negro se encargaba de la máquina.

Underhill suspiró tristemente. La compañía de androides no suministraba un material publicitario tan atractivo. Las mujeres encontrarían irresistible este folleto, y eran ellas quienes seleccionaban el ochenta y seis por ciento de todos los robots vendidos. Sí, la competencia iba a ser dura.

—Lléveselo a casa, señor —le instó la dulce voz—. Muéstreselo a su esposa. Hay un cupón para una demostración gratis en la última página, y advierta que no requerimos pago alguno.

Underhill se dio la vuelta, aturdido, y la puerta se abrió ante él. Mientras se retiraba, se dio cuenta de que aún tenía el folleto en la mano. Lo arrugó, furioso, y lo arrojó al suelo. La pequeña cosa negra lo recogió rápidamente, y la insistente voz plateada resonó tras él:

—Visitaremos su oficina mañana, señor Underhill, y enviaremos a su casa un equipo de demostración. Es hora de discutir la liquidación de su negocio, ya que los robots electrónicos que ha estado vendiendo no pueden competir con nosotros. Y le ofreceremos a su esposa una demostración gratuita.

Underhill no intentó replicar, porque no se fiaba de su voz. Recorrió a ciegas la nueva acera hasta llegar a la esquina, y allí se detuvo para recuperarse. De entre sus impresiones sobresaltadas y confundidas emergió un hecho claro: las cosas se ponían negras para su empresa.

Contempló de nuevo el orgulloso esplendor del nuevo edificio. No estaba hecho de piedra o de ladrillos; aquel escaparate invisible no era de cristal; y estaba seguro de que los cimientos ni siquiera habían sido excavados la última vez que Aurora se llevó el coche.

Dio la vuelta a la manzana, y la nueva acera le llevó a la entrada trasera. Había un camión estacionado, y varios robots negros y esbeltos descargaban enormes cajas metálicas.

Se detuvo y observó una de ellas. Las etiquetas de la compañía interestelar de transportes indicaban que procedían del Instituto Humanoide, en Ala IV. No consiguió recordar ningún planeta con aquella denominación; la empresa debía de ser grande.

En la penumbra del almacén, tras el camión, pudo ver a los robots negros abriendo las cajas. Una tapa se alzó, revelando cuerpos rígidos y oscuros, férreamente empaquetados. Uno a uno, fueron cobrando vida. Salieron de la caja y saltaron graciosamente al suelo. Todos eran idénticos: negro brillante y reflejos de bronce y azul.

Uno de ellos se acercó al camión y le miró con sus ciegos ojos metálicos.

—A su servicio, señor Underhill —dijo con voz aguda, plateada y melodiosa.

Underhill echó a correr. Cuando un servicial robot pronunciaba su nombre nada más que salir de la caja en la que había sido importado desde un planeta remoto y desconocido, la experiencia podía ser abrumadora.

Dos manzanas más allá, el anuncio de un bar llamó su atención, y entró en él. Tenía por norma no beber antes de cenar, y a Aurora no le gustaba que lo hiciera nunca; pero estos nuevos robots habían convertido el día en algo excepcional.

Desgraciadamente, el alcohol no consiguió animar el breve futuro que veía ante su empresa. Cuando salió del bar una hora más tarde, miró atrás tristemente, con la esperanza de que el brillante edificio nuevo hubiera desaparecido tan bruscamente como había llegado. No era así. Underhill sacudió penosamente la cabeza, y regresó a casa.

El aire fresco le aclaró un poco la cabeza antes de que llegara a la casita blanca situada en las afueras de la ciudad, pero no resolvió los problemas de su negocio. También advirtió, incómodo, que llegaba tarde para la cena.

Sin embargo, ésta se había visto retrasada. Su hijo Frank, con diez años y moteado de pecas, aún daba patadas a un balón en la tranquila calle ante la casa. La pequeña Gay, con once años, adorable con su pelo de estopa, cruzó corriendo la acera para recibirle.

—¡Papá, a que no adivinas!

Gay iba a convertirse en una gran concertista algún día, y sin duda con buenos modales, pero ahora estaba sofocada y sin aliento por la excitación. Dejó que su padre la alzara en brazos, y no hizo ningún comentario crítico al aroma de bar de su aliento. Underhill no fue capaz de adivinar nada, así que ella le informó ansiosamente:

—¡Mamá tiene un nuevo inquilino!

Underhill había previsto un doloroso interrogatorio, porque Aurora estaba preocupada con las letras del banco, y la factura del nuevo envío, y el dinero para las lecciones de la pequeña Gay.

El nuevo inquilino, sin embargo, le salvaba de aquello. Con un alarmante estrépito de platos, el androide de la casa servía la cena, pero la casita estaba vacía. Encontró a Aurora en el patio trasero, cargada con sábanas y toallas para el nuevo huésped.

Cuando se casaron, Aurora era tan adorable como su hija pequeña. Si el negocio hubiera tenido más éxito, Underhill pensaba que podría haber permanecido así. Sin embargo, mientras la presión del lento fracaso erosionaba gradualmente su propia seguridad, los pequeños contratiempos la habían vuelto un poco agresiva.

Naturalmente, aún la amaba. Sus cabellos rojos todavía eran seductores, y le era lealmente fiel, pero las frustraciones habían endurecido su carácter y a veces su voz. En realidad, no discutían nunca, pero había pequeñas diferencias.

La casita tenía un pequeño apartamento sobre el garaje, construido para criados humanos que nunca habían podido permitirse. Era demasiado pequeño y destartado para atraer a ningún inquilino responsable, y Underhill prefería mantenerlo vacío. Lastimaba su orgullo ver a su esposa haciendo camas y limpiando suelos para desconocidos.

No obstante, Aurora lo había alquilado antes, cuando quería dinero para pagar las lecciones de Gay, o cuando algún pintoresco desgraciado tocaba su corazón, y a Underhill le parecía que todos sus huéspedes eran ladrones y vándalos.

Ella se volvió para recibirle, con la ropa limpia en los brazos.

—Querido, no servirá de nada que pongas pegos. —Su voz era decidida—. El señor Sledge es un anciano maravilloso, y va a quedarse todo el tiempo que quiera.

—Muy bien, querida. —A él no le gustaba discutir, y estaba pensando en sus problemas con la empresa—. Me temo que necesitaremos el dinero. Que te pague por adelantado.

—¡Pero si no puede! —La voz de ella rebosaba de cálida compasión—. Dice que pronto cobrará los royalties de sus inventos, así que podrá pagarnos dentro de unos cuantos días.

Underhill se encogió de hombros. Había oído aquella canción antes.

—El señor Sledge es diferente, querido —insistió Aurora—. Es viajero y científico. En una ciudad tan aburrida como ésta nunca vemos a nadie interesante.

—Pues has traído a algunos tipos bastante notables —comentó él.

—No seas desagradable, querido —reprendió ella amablemente—. No le has visto todavía, y no sabes lo maravilloso que es. —Su voz se volvió más dulce—. ¿Tienes diez dólares, querido?

Underhill se envaró.

—¿Para qué?

—El señor Sledge está enfermo. —Su voz se volvió urgente—. Le vi caerse en la calle. La policía iba a enviarle al hospital, pero él no quiso ir. Parecía tan noble, tan dulce y bondadoso... Les dije que me encargaría de él. Le metí en el coche y le llevé a ver al viejo doctor Winters. Está enfermo del corazón, y necesita el dinero para medicinas.

—¿Por qué no quiso ir al hospital? —inquirió razonablemente Underhill.

—Tiene trabajo que hacer. Trabajo científico importante..., y es tan maravilloso y trágico. Por favor, querido, ¿tienes diez dólares?

Underhill pensó en decir muchas cosas. Aquellos nuevos robots prometían multiplicar sus problemas. Era una locura albergar a un vagabundo inválido que podía recibir atenciones gratis en el hospital de la ciudad. Los inquilinos de

Aurora siempre intentaban pagar el alquiler con promesas, y generalmente destrozaban el apartamento y saqueaban el vecindario antes de marcharse.

Pero no dijo nada. Había aprendido a comprometerse. En silencio, encontró dos billetes de cinco en su bolsillo y se los puso en la mano. Ella sonrió y le besó impulsivamente... Underhill apenas tuvo tiempo de acordarse de contener la respiración.

Aurora conservaba aún una buena figura, a base de dietas periódicas. Underhill estaba orgulloso de su brillante pelo rojo. Una súbita oleada de afecto hizo que se le saltaran las lágrimas, y se preguntó qué le sucedería a ella y a los niños si la empresa se hundía.

—¡Gracias, querido! —susurró ella—. Le invitaré a cenar, si se siente bien, y podrás conocerle entonces. Espero que no te importe cenar más tarde.

No le importaba. Movido por un súbito impulso doméstico, cogió un martillo y clavos del taller que tenía instalado en el sótano, y reparó la puerta de la cocina con una bisagra en diagonal.

Le gustaba trabajar con las manos. Su sueño de la infancia había sido ser constructor de centrales nucleares. Incluso estudió ingeniería, pero se casó con Aurora y tuvo que encargarse del negocio de androides de su suegro, indolente y alcohólico. Cuando terminó la tarea, se puso a silbar felizmente.

Cuando entró en la cocina para guardar sus herramientas, encontró al androide de la casa ocupado en quitar la mesa, aunque aún no habían cenado. Los androides eran bastante buenos con las labores estrictamente rutinarias, pero no conseguían aprender a tratar con los impredecibles seres humanos.

—¡Alto! ¡Alto! —dijo Underhill lentamente, con el tono y ritmo adecuados. La orden hizo que el robot se detuviera—. Pon... la mesa —dijo entonces, cuidadosamente—. Pon... la mesa.